

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

III

La Novela Semanal Cinematográfica



Submarino

von
Jack Weil
Ralph Greves
Dorothy Dwyer

50 cts.

SUMMARINO



*CAPRA, Frank

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECCION: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teler. 18831

.....

Submarine 1929

Submarino

Cinedrama de NORMAN SPRINGER,

adaptado a la pantalla por

WINIFRED DUNN - Guion *

Interpretes:

JACK HOLT, RALPH GRAVES

y DOROTHY REVIER

En Italia: "Femmine del mare"
Film Levico - Capra/10/28 *

Producción Columbia

Distribuida por

Príncipe Films, Sdad. Ltda.

Aragón, 249, Barcelona— Idemar, 2 y 4, San Sebastián

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Submarino

(Argumento de la película)

La Guerra y el Comercio—dos de los grandes poderes modernos—han creado al hombre-pájaro y al hombre-pea. A este último está dedicado este film. En las proximidades del mar, ya como buzo, ya como tripulante de submarinos, cumple estoicamente con su deber. Ante él, los barques de algar como horizontes; la asfixia como un fin probable...

Frente a la exuberancia tropical de las Filipinas, los buques de la escuadra norteamericana del Pacífico eran como grandes cetáceos dormidos a flor de agua.

El cazaminas 31 era el encargado de limpiar

el fondo del mar de uno de los peligros de la navegación: los restos de los naufragios.

Uno de los buzos había descendido al fondo para comprobar el sitio exacto donde se encontraban los restos de un buque hundido.

Sobre cubierta, los marinos estaban atentos a las maniobras del buzo sosteniendo las cuerdas que les unían con él, al acecho de cualquier señal de atención o de auxilio.

Alfredo Mason, cabo de marina, estaba unido al buzo por los lazos de la amistad... y los hilos del teléfono.

Viendo que el trabajo se prolongaba largo rato, aplicó los labios a una fina cañería cuyo otro extremo estaba en el fondo del mar y dijo:

—Oye, calamar, ¿vas a saltar la boya de una vez o estás buscando el trébol de cuatro hojas?

—¡No, muchacho!—le respondió una débil voz—. Es que es sábado hoy y estoy tomando mi baño.

—Pues date prisa.

Vieron por fin que a poca distancia del cazaminas, aparecía una boya que el buzo acababa de colocar.

—No hay buzo como Dorgan, ¿eh?—comentó Mason—. Lo que él resiste debajo del agua no lo resiste nadie.

Realizada su operación y dados los toques correspondientes, el buzo fué izado a la superficie.

Apenas se hubo quitado la escafandra, se echó a reír como si su trabajo hubiera sido juego de niños, y exclamó:

—¿Dónde está la pastilla de tabaco?

—¡Toma... glotón!

Y le dieron un apretado bloque de fuerte tabaco que saboreó con voluptuosidad.

Era Jaime Dorgan el mejor buzo de la escuadra. Cuando sus compañeros sangraban por narices y oídos, él seguía impávido en el fondo del mar.

Dorgan, contento de haber realizado su trabajo, dijo a su amigo Mason:

—Ya puedes echar la bomba... Donde está la boya están los restos del barco.

Mason corrió a hablar con un oficial y éste ordenó:

—¡Tiren la bomba cuando pasemos al lado de la boya! Pongan la explosión a los sesenta segundos.

La bomba iba atada por una recia cuerda.

Efectuados todos los preparativos, fué lanzada con enérgico impulso al sitio donde estaba la boya. Dentro de un minuto explotaría.

Pero entonces ocurrió la catástrofe.

El buzo Dorgan había puesto involuntariamente los pies sobre la cuerda que apresaba la bomba. Y cuando ésta fué echada al agua, la cuerda se deslizó también rápidamente y atando con un fuerte nudo los pies de Dorgan, cayó con esta importante presa a la superficie del mar.

Todos los marinos contemplaron con horror el accidente. La bomba sobrenadó unos instantes en la superficie y luego se hundió en el fondo.

—¡Va a estallar y hacer pedazos a ese hombre!—dijeron cien voces.

Pero entonces, Mason, llevado de la íntima amistad y del afecto que profesaba al buzo, se echó de cabeza al agua para ir a salvarle.

Desapareció también de la vista de la marinería alarmada.

—¡No vuelven a salir!—comentaron—. ¡Y la bomba va a explotar de un momento a otro!

—¡Pobres! ¡La muerte les acecha!

Pero Mason había llegado junto a su amigo que con los pies atados se debatía para librarse de aquel cerco.

Arrojóse Mason sobre él y quiso desatar la cuerda, pero ya en aquel instante, Dorgan había conseguido el mismo objeto.

Los dos amigos, nadando desesperadamente,

se alejaron a grandes brazadas de allí y momentos después una gran explosión hendía los aires y levantaba una montaña de restos.

Y cuando desde el cazaminas se comentaba la muerte de los dos camaradas, periclosos seguramente en la explosión, les vieron surgir a la superficie y subir por la escalerilla del buque.

—¡Has tenido suerte, compañero—decía Mason al buzo—. Si no llego a ir en tu ayuda, estarías ahora como está mi bisabuelo.

—¡Qué pretensiones!—respondió con cómica indignación su amigo—. Precisamente acababa de desatarme cuando tú llegaste.

—¡No, señor.

—Vaya que sí...

Y discutieron, prontos a pegarse, pero en el fondo queriéndose como dos hermanos.

La juventud de ambos no sabía de traiciones ni indignidades; los dos se apreciaban con el sublime tesoro de la amistad.

Y si bien era cierto que Mason no había desatado a su compañero, no por eso Dorgan dejaba, interiormente, de estarle más agradecido. Su amigo había expuesto su vida por él. Y esto, el buzo, el mejor de la escuadra, no lo olvidaría fácilmente.

Bajaron al puerto y los dos muchachos anduvieron riendo, cantando, ávidos de alegría y de mujeres por las calles iluminadas de Manila.

Mason era un terrible conquistador y aunque Dorgan quería imitarle, su compañero le daba quince y raya en aquellos asuntos. Muchacha a la que Dorgan echaba el ojo, su amigo se la quitaba. En cuestión de amores no podía competir con él.

Dorgan iba cantando alegremente:

*Porque hay cerveza
deja el mar,
y porque hay niñas
a las que amar.*

—¡No es así, no es así!—le interrumpió su compañero—. Escucha la verdadera canción.

Y en tono irónico y burlón, cantó:

*El mar has dejado
por seguirme a mí.
Para ti la cerveza...
Las niñas para mí...*

Riendo y disputando llegaron a una calle lle-

na de cabarets y otros lugares de diversión.

Dorgan vió a una muchacha que le hacía unas señas, y ni corto ni perezoso se puso a su lado. Pero Mason no perdía el tiempo y se acomodó a la derecha de la joven, llenando su oído de ternezas.



...Mason no perdía el tiempo...

La chica, que era oriunda del país, se dejaba querer... y les invitó a entrar en un cabaret donde ella actuaba como bailarina.

Los tres fueron muy alegres a la fiesta que se daba en una gran sala, animada por marineros

de todos los mares y por mujeres de todas las tierras.

Dorgan quiso bailar con la indígena, pero Mason se lo impidió y más listo que él, logró dar unas cuantas cadenciosas vueltas con la ardorosa muchachita.



...fueron muy alegres a la fiesta...

El bazo se enfureció al ver el éxito de su camarada:

—Un día vas a encontrarte con un puñetazo en las narices por robarme mis novias.

—¿Tú? ¿Cuándo va a ser eso, chiquillo? ¿No

sabes que en cuestión de mujeres... después de mí el diluvio?

—¡Calla... presumido!

—¡Parque se puede!—exclamó, contoneándose.

Y para probar aquel poder atrajo hacia sí a la linda bailadora y la dio un beso en los labios, con el consiguiente disgusto del bazo.

Se dirigieron los tres a una mesa donde refrescaron ávidamente. Pero de pronto ocurrió lo que acostumbra pasar siempre en esos lugares donde se cotiza el amor de la mujer.

Llegó un sujeto de mal talante quien al ver a la bailarina en sabrosa plática con los dos americanos, se dirigió hacia el grupo y con verdadera brutalidad obligó a la joven a levantarse.

Los dos marinos se lo quisieron impedir; el matón contestóles con un puñetazo... y estuvo ya armada la juerguecita. Los fuegos de la pelea volvían a iluminar una vez más el cabaret.

La lucha se generalizó. Tipos del país se pusieron en favor de su compatriota, mientras los numerosos marinos americanos que se encontraban en el local tomaron armas en pro de los suyos.

La batalla duró largo rato. Crujieron huesos y sonaron bofetadas como verdaderas descargas.

Al fin se restableció la paz, después de haber logrado triunfar la marinería.

Pero sin deseos de nuevas peleas, Dorgan y su compañero abandonaron el local, y cogidos del brazo, convertidos de nuevo en los mejores amigos del mundo, regresaron al bar.

Por el camino, Mason iba, sin embargo, cantando con ironía:

*Para ti la cerveza...
Las niñas para mí...*

Algunas semanas después, la escuadra del Pacífico preparaba su regreso a la patria lejana.

Mason y Dorgan entretenían sus ocios jugando al ajedrez o a las damas. Únicamente que ambos hubieran preferido jugar con otra clase de damas...

Cierta tarde, Mason, al comenzar la acostumbrada partida, le dijo:

—¿No sabes la noticia?

—¿Qué?

—Me han trasladado al submarino S-44... lo cual quiere decir que voy a tirarme otro año en estas condenadas aguas.

Dorgan sintió íntimamente aquella separación pero no quiso demostrarlo, con esa brusca nobleza de los verdaderos caracteres que no quieren exteriorizar demasiado su sentimiento.

—¿Entonces no vas a venir a San Diego con nosotros?



—Me han trasladado al submarino S-44...

—¡Imposible!

—¡Encantado, chico!... ¡Ahora sí que podré hacer mis conquistas con toda facilidad!

—¡Infeliz!...—respondió Mason—. Agradéceme que te haya quitado las novias, porque si

no, te habrías casado ya con todas las que te han puesto los ojos tiernos.

—Que han sido muchas.

—Pero de mala calidad.

—Eso tú no lo sabes.

—Bueno... acabemos la partida... que tengo que arreglar mi equipaje para partir.

Jugaron rápidamente y como era de esperar tratándose de damas ganó Mason.

Después, el joven cabo preparó su equipaje, y su amigo observó curioso sus maniobras.

Había allí retratos, cartas de mujeres, unas medias... y lo que más le llamó la atención, fué un cartón con siete u ocho pares de ligas de fuertes colores con los atributos de la marinería en la seda.

—¿Para qué quieres todos esos cintajos?—preguntó Dorgan con extrañeza.

—Cintajos, ¿eh?... ¡Ignorante!... Son ligas de señora... especialidad de la casa.

—Bien...

—Cuando veas en una mujer una de estas ligas, puedes pensar con toda seguridad: "Mason se me ha adelantado".

—Haces bien en avisarme.

—¿Pues qué te habías creído? Comparado conmigo eres un infante... En cuestión de peces

serás un personaje... Pero en cuanto a mujeres... se te acabó el gas. ¿Qué quieres? No todo el mundo tiene la gracia de un servidor.

—¡Eres francamente antipático!—le dijo Dorgan, molesto por sus burlas.

Mason volvió a cantar una canción alusiva a los fracasos de su camarada, y luego cogiendo la maleta se dispuso a partir.

—¡Bueno... hombre... adiós!...—le dijo.

—¡Adiós!—repuso el otro friamente, sin darle la mano.

Se contemplaron un instante con atención como si quisieran romper la frialdad que ahora les separaba, pero ambos mantuvieron su orgullo, y Mason marchó del camarote.

Al verlo desaparecer, Dorgan sintió el hiel de aquella despedida y anduvo veloz hacia la puerta cerrada.

Fuó a abrirla y en aquel instante, Mason, llevado por el mismo pensamiento, la empujó desde el exterior.

Tampoco él quería marcharse sin estrechar cariñosamente la mano de su buen compañero.

—¡Dorgan... adiós... buen amigo!...

—¡Compañero!

Y no sólo enlazaron sus manos con amplia cordialidad sino que se abrazaron proclamando

su fraternal cariño que no podían disminuir las bromas propias de la vida marinera y juvenil.

Se separaban pero sus almas seguirían vibrando al unísono.

• • •

Semanas después la escuadra llegaba a San Diego. Y Jaime Dorgan necesitó varios días para encontrar allí el paraíso que los demás marineros descubrieron al desembarcar.

Dorgan, sin la compañía de su amigo Mason, se encontraba desorientado en su vida de tierra.

Pero una noche, obligado por sus amigos del barco, se dirigió al más elegante cabaret de la ciudad.

Por el momento encontré solo, un poco desorientado en aquel ambiente de mujeres hermosas... y fáciles.

Animado al ver bailar a sus camaradas, Dorgan, contento por otra parte de que Mason no estuviera allí para impedir sus conquistas, acercóse a una muchacha que le sonreía sentada a una mesa, y la invitó a bailar.

—Con mucho gusto—respondió ella.

Y el explorador del fondo del mar sintió

sobre él el discreto olor de una criatura de ojos de fantástica hermosura.

Bailaron, y Dorgan, descando ser todo un hombre campechano y despreocupado, se permitió ciertas filigranas en los movimientos, queriendo imitar a un marinero que bailaba como para un concurso de charleston.

La muchacha reía mirándole con sus pupilas negras y enigmáticas que parecían contener ocultos misterios.

Terminado el baile, Dorgan se puso a aplaudir ingenuamente para que la orquesta lo repitiera, pero la mujer le dijo, sonriente:

—Basta de aplaudir y volvamos a nuestra mesa, ¿quiere usted?

—Lo que usted me mande.

Se dirigieron a una de las mesas sombreada por plantas. Dorgan se hizo servir una cerveza.

Aquella mujer que le demostraba tanta simpatía era Flora Strady, alma de muñeca, mentalidad de mariposa. Una de esas sirenas, con "kohl" en los ojos y carmín en los labios, que acechan a los marineros en los puertos de mar. Una aventurera pronto a estrujar entre sus caricias de tigresa a los incautos enloquecidos por el amor.

Los jóvenes trabaron conversación, y Flora,

acostumbrada a bucear en el alma de los hombres, pronto comprendió que aquel muchacho era un ingenio, no azeado al trato femenino ni a sus accechanzas.

Dorgan, contento de que por primera vez en su vida le hubiera caso una mujer, se mostraba con ella expansivo, cordial.

Fumó un cigarrillo, y Flora con un gesto elegante se lo arrebató de sus dedos y se lo puso a fumar.

Después acercósele mucho, rozando con sus hombros de impecable desnudez, el brazo del marino.

Cuando supo que era buzo, palmoteó de entusiasmo.

—¡Oh, qué alegría! ¡Le envidio, créame usted que le envidio! Ver las luchas del fondo del mar, la vida de los peces, los hermosos corales. ¡Cuántas cosas podría usted contar!

Deslumbrado por aquellos elogios, Dorgan habló de sus correrías dentro del agua. Ella fingía escucharle con profunda atención.

—Me alegra mucho haberla conocido—dijo él de pronto, radiante—. Es usted verdaderamente... verdaderamente encantadora, pequeña... Dígame—preguntó con gran ingenuidad—, ¿sabe usted cocinar?

Flora se echó a reír, pero respondió comprendiendo a medias a dónde iba a parar su amigo:

—¿Cocinar yo?... ¡Como los propios ángeles!

—¡Mejor!... Oiga... Flora... escuche esto—dijo sonriendo como un niño que pide una gracia—. Yo... nunca he encontrado una mujer...



...Con un gesto elegante se lo arrebató...

como usted... tan adorable... y necesito esa buena compañía... ¿sabe?... Si usted quisiera... ¿Le parecería a usted bien... que... que nos casásemos?

Relampaguearon los ojos de la muñeca y tuvo

que contener su risa ante aquella proposición.

Pero... precisamente... ella se encontraba en una situación económica bastante mala... y aquel muchacho que había dicho antes poseer unos cuantos ahorros, podría salvarla de la escasez.

Al mismo tiempo le pareció original vivir una existencia de casada, aunque fuese sólo por algún tiempo... Aquel ingenuo marino la tomaba por una mujer honrada y pura y eso halaga a la más depravada mujer.

¿Por qué no casarse con él?

De todos modos... Dorgan no dejaba de ser simpático...

No lo pensó más.

—Acepto, Dorgan... acepto... pero... ¿me querrá usted de veras tanto como yo le querré?

—Eres la primera mujer a quien adoro... Siempre seré tuyo...

—¡Mi lobo de mar!

Y allí mismo le besó los labios con frenética pasión, y Dorgan se sintió transportado al paraíso.

Y se casaron...

Alquilaron una casa en las cercanías del puerto.

La escuadra permanecería inmovilizada bastante tiempo en San Diego, su base naval.

Y bajo el palio del amor, del amor ciego, se deslizaron tres meses de matrimonio... Para Jaime Dorgan, tres meses de felicidad, de embriaguez, de deslumbramiento.

Estaba loco por su mujer, criatura lánguida y



—Eres la primera mujer a quien adoro...

poco amiga de trabajar, sultana de amor para perfumar o exprimir una vida.

Dorgan vivía la locura de aquel cariño, siempre renovado, siempre con sensaciones nuevas.

Flora, odalisca de barén, no parecía cuidar de-

masiado de la comida. Un día Dorgan protestó tímidamente contra ello:

—¡Hemos tomado huevos fritos en el almuerzo y huevos fritos en la comida—le dijo—. ¿No podríamos tomar algo distinto de huevos fritos en la cena?

—¿Por qué no?—dijo ella, riendo—. Podemos tomarlos revueltos.

Y los revolvió, un poco rabiosa, haciendo con ellos una tortilla.

Comprendiendo que su mujer se había disgustado, Dorgan quiso calmarla y la dijo:

—No te enfades, Flora... pero a veces me esfuerzo por entenderte y no puedo. Parece como si estuvieras cansada de permanecer aquí.

—¿Cansada yo? ¡Qué contestal

—¡Bien... bien!... ¡Anda, vamos a cenar!

Pero repentinamente la joven sacó las uñas. En realidad comenzaba a fatigarle la monótona existencia matrimonial, tan aburrida y terrible cuando falta en ella el espíritu.

—No quiero cenar en casa—dijo—. Quiero ir a cualquier sitio... donde se pueda bailar.

—Pero...

—Realmente, no salimos nunca... Siempre en esta casa... Esto no es vida para jóvenes.

—Flora—contestó con gravedad—. Sabes que

a media noche tengo que embarcar para ir a trabajar en un naufragio a algunas millas de aquí. Estaré varios días fuera... ¿Por qué no quedarnos aquí, solos los dos, esas horas que faltan?

—Eres cruel...—dijo, serenándose—. Pero no quiero privarte de ese gusto. Cenemos aquí.

—¿Qué buena eres!

Cenaron alegremente... y a eso de las doce, Jaime Dorgan partió. Abrazó apasionadamente a su mujer, era la primera vez que se separaba de ella, y le dijo:

—¡Una semana sin ti, Flora! ¡Qué larga se me va a hacer!

—Y a mí me pasará lo mismo!

—Si te aburres, ¡no olvides que tu marido estará pensando en ti!

—¡Vete tranquilo... no me aburriré!—contestó irónica.

Y cuando su marido desapareció, lanzó un inmenso suspiro de satisfacción, de intenso júbilo, como si se quitara un peso de encima.

¡Gran Dios, qué molesto era el matrimonio!

Le aburría el orden de aquella vida y la compañía de un hombre con el que no la unía ningún lazo de verdadero amor... Cuanto más un capricho, disuelto con la posesión.

Y se prometió que aquellos ocho días de tre-

gua los emplearía bien, con satisfacciones y coquetterías de libertina...

Al día siguiente, un risueño personaje entraba en un cabaret. Era Mason que con su flotilla de submarinos había llegado al puerto de San Diego.

Con ansias de divertirse, paseaba por el salón donde el baile ponía notas cadenciosas, de música tropical.

Pero parecía aburrirse contemplando con ojos poco alegres a las mujeres que allí había.

Uno de los empleados del cabaret se le acercó y le dijo:

—¿Qué? ¿Le gusta a usted San Diego?

—No me entusiasma, la verdad—respondió displicente—. Mi amigo inseparable está fuera... y en mujeres aún no le encontrado mi tipo.

Pero entonces vió a una mujer que le sonreía con la maravilla de unos grandes ojos embriagadores de luz.

—¡Caramba! ¡Allí hay una muy interesante!—dijo.

Y animándose repentinamente, corrió a invitarla a bailar.

Ella aceptó...

Aquella mujer era Flora que cumplía al pie de la letra su promesa de no aburrirse.

Había ido al cabaret con ansias de bailar... y encontraba a ese muchacho simpático, de animada conversación, de agradable porte.

El destino, con sus designios inescrutables, se complacía en poner frente a frente a Mason y a la esposa de su mejor amigo.

Aquella frívola criatura se estrechaba dulcemente contra su compañero y éste se sentía entusiasmado.

¡Vaya conquista!

Cuando acabaron la danza, Flora dijo:

—Hay aquí una mesa que me gusta particularmente... ¿Quiere usted que nos sentemos... y refresquemos?

—¡Ya lo creo!

Y fueron a ocupar la mesa de las conquistas, la mesa donde Dorgan le había hecho a Flora proposiciones de casamiento.

Aquella criatura morbosa parecía complacerse en revivir una lejana escena de amor.

Habló con su nuevo amigo a quien fué seduciendo con su cálido hablar y sus promesas de pasión.

Mason encendió un cigarrillo y dió unas cuan-

tas chupadas... Flora se lo arrebató de las manos y se lo puso a fumar a su vez, pareciendo saborearlo con delección.

—Me gusta usted mucho... realmente es usted una mujer extraordinaria—le dijo él—. ¿Qué suerte haber venido aquí!

—Y usted me ha resultado muy simpático, muy agradable... créalo... No es adulación... Tiene usted un aire distinguido.

El muchacho, perturbado por aquella hermosa criatura, explicó su vida de marino y ella inventó a su vez una historia trivial.

—No será usted casada, ¿verdad?—le preguntó él con cierto temor.

—¿Qué tontería!... Soy libre... para siempre...

—Libre... ¿para mí?

—¿Quizás!

Y sus labios de fuego casi rozaron los suyos.

—¡Magnífico!—contestó él loco de alegría ante la estupenda aventura—. Tengo por delante toda una semana, antes de las maniobras... sin otra cosa que hacer que divertirme... ¿Quiere pasar esos días conmigo?

—Sí es usted buen muchacho, sí.

—Sólo viviré para quererla.

—¡Ah... marino... hombre seductor!

Y le besó en la boca.

Aquella frívola mujer olvidaba todos sus deberes de esposa; mariposa eterna de aventura volaba de flor en flor... Ahora, aprovechando la ausencia de su marido, se lanzaba al sabor de un nuevo amor... y así sería siempre. Su piel pecadora no conocía la fidelidad.

Y salieron... y por primera vez, Flora manchó su vida con la negrura del adulterio.

Y él, ignorante de la verdad, ella semiinconsciente, vivieron horas inolvidables...

Flora no ocultaba su nuevo capricho. Iban a la playa, al cabaret, a todas partes...

El amor les cegaba...

Ajeno a aquella desdicha, el buen Dorgan había bajado varias veces a las profundidades del mar para descubrir los restos de un naufragio... Cumplida su misión, se dirigía ahora a tierra.

Aquella mañana, Flora y Mason después de haber tomado el baño, comentaban su próxima separación, pues el marino marchaba al día siguiente.

—Parece mentira, que sólo haga una semana que nos conocemos, ¿verdad Flora?

—¡Una semana!—murmuró ella.

—Y ha sido una *gran* semana... ¿No te ha parecido a ti lo mismo que a mí?

—¡Ya lo creo!

Y se besaron con delirio.

—Mañana debemos separarnos, Mason. ¡Con lo felices que somos!

—¡Qué lástima! ¡Nunca te olvidaré!

Se despidieron riernamente hasta aquella noche en que se reunirían en un hotelito para vivir juntos sus últimas horas de pasión.

Flora regresó a su hogar, pensando tristemente en aquella efímera aventura que iba a perder... y en que Dorgan no tardaría en regresar, acaso por mucho tiempo.

¡Oh, qué horror!

¡Vivir siempre con el mismo hombre!

Ella que tanto gustaba de la variación se preguntaba desolada por qué habría accedido a casarse.

Paseaba Mason por el puerto cuando encontró a Jaime Dorgan.

—¿Tú?

—¡Qué sorpresa!

Se saludaron calurosamente y Dorgan dijo riendo a su antiguo camarada:

—Yo creía que me habías dejado tranquilo por un año.

—¡Ordenes superiores! ¡Me han mandado a cuidar de tí!

—¡Mal negocio!

—¡O bueno!...—dijo Mason, burlón y dándole golpecitos en la espalda—. ¡Supongo que habrás hecho una enormidad de conquistas desde que estás aquí!

Dorgan le miró con orgullo... ¡Si supiera!

—Yo disparé una sola vez y cobré una pieza... ¡pero qué pieza, hermano!

—Explicáte mejor, porque no entiendo...

—Me figuro que vas a reírte de mí—dijo con la ufania del hombre que se siente feliz—, pero... me he casado.

—¿Que te has casado? ¿Y quién es la heroína que se ha atrevido a cargar contigo?

—No sé por qué se casó conmigo, la verdad... pero el caso es que estamos casados... y que yo estoy loco por ella.

—¡Bien, chico, bien! ¡Nunca hubiera creído eso de tí!

Fueron andando hasta llegar a un paseo cercano al puerto. Dorgan le señaló una sencilla casita que destacaba por su blancura entre las otras, y dijo:

—Esa es la casa en que vivo... Todos mis ahorros están invertidos ahí.

Mason apareció perplejo...

Avanzaron hacia la entrada y ya frente a ella, Dorgan contempló unas florecillas que comenzaban a trepar la pared.

—Son enredaderas—dijo—. Muy pronto cubrirán toda la fachada y dará gloria verla.

—¡Has anclado de veras, muchacho!—exclamó Mason, riendo—. Un hombre que se entusiasma hablando de su hogar, es hombre al agua. Pero de todos modos, te felicito.

Entraron... Recorrieron el comedor y una salita. Todo daba una sensación de orden, de limpieza, de paz.

Por un momento pensó Mason que no era desagradable el matrimonio.

—¡Ya está visto eso!... No está mal... Ahora enseñame la dueña.

—¡Eh, pequeña, niña!...

Pero como no respondieran, Dorgan dijo a su amigo:

—Espérate un momento. Debe estar en su cuarto.

Entró en él y vio efectivamente, tumbada sobre la cama, a Flora leyendo una novela.

—¡Flora!

—¡Oh, querido!—dijo ella fingiendo una profunda alegría.

Y se abrazaron calurosamente, llenándose de besos.

Flora estaba, sin embargo, disgustada. ¿Por qué había tenido que regresar tan pronto su marido? Ella se había prometido aún una noche de amor con Mason... y ahora... desaparecía tal posibilidad.

Llamaron al teléfono en la habitación contigua donde esperaba Mason.

Este se puso al aparato.

—¿Pide usted por Jaime Dorgan?—dijo—. Un momento...

Y llamó a la puerta de la alcoba.

Flora se deslizo de los brazos de su esposo y preguntó:

—Pero, ¿quién está ahí?

—¡Anda, sal a hacerle los honores! ¿Es mi mejor amigo?... Después de ti, es la persona que más quiero en el mundo!

Por instinto de coquetería la joven se arregló un poco ante el espejo y luego salió con su marido.

—Mason—dijo Dorgan—, he ahí a mi mujer. Flora, este es Alfredo Mason, mi gran amigo.

Pero Mason había avanzado hacia Flora y

clavado en ella sus ojos con una sorpresa inenarrable.

También la mujer abrió desmesuradamente los suyos que brillaron heridos por un brutal asombro.

¡Eh!... Ella!

La vida, con su fuego trágico, les aniquilaba.

Por la imaginación de Mason pasó de pronto todo el horror de la situación. Ella, turbada, maldecía al destino que había hecho que aquel hombre fuera el mejor amigo de su esposo.

Sorprendido por aquella actitud, Dorgan preguntó a su compañero:

—¿Por qué no dices nada?...

—¡Oh, yo!...

Pero atribuyendo aquel pasmo a la sorpresa que la belleza de Flora le había causado, agregó ingenuamente:

—¡Ah... ya comprendo! Te has quedado embobado, ¿eh?... ¿No te decía yo que cuando la vieras te ibas a quedar con la boca abierta?

Volvieron a llamar al teléfono y Dorgan, riendo, con la satisfacción del hombre feliz, corrió al aparato.

Sin decirle nada, Flora acarició brevemente una de las manos de Mason, como si le advirtiera

que no por aquel descubrimiento, su cariño iba a ser menor. Pero él se apartó, bruscamente.

Dorgan volvió junto a ellos.

—Es por mi informe—dijo—. Voy en un salto a entregarlo a la Comandancia.



—¿Por qué no dices nada?

Se puso la gorra.

—Yo marcharé contigo—dijo Mason, temeroso.

—No, tú te quedas a hacer compañía a mi mujer... Vuelvo en seguida... Y cuidado con

él, Flora... Es un terrible Don Juan que me ha quitado siempre las novias—dijo riendo.

Mason se estremeció; por los labios de Flora pasó un leve temblor de ironía.

¡Cuán imbécil le parecía su marido!

Y cuando éste partió, Flora se echó en los brazos de su amante:

Mason... no importa lo que ha ocurrido. ¡Yo soy tuya... tuya siempre!

—¡Apártate!—repuso él indignado—. ¡Ah! ¿Por qué no me dijiste que estabas casada?

—¡Qué quieres! Me parecía que de esta manera era más tuyo, viviendo tú en la ignorancia. Es a ti a quien quiero, Mason. Prescindamos de él.

—¡No... no! ¡Ah, qué horrible desgracia! ¿Con qué cara quieres que yo vuelva a ver a ese hombre?... ¡A ese hombre... mi mejor amigo... mi hermano!

Enloquecía de desesperación, de trágica ira.

—¿Sabía yo acaso que fuerais amigos?—respondió ella con frialdad.

—Tenías la obligación de decirme el nombre de tu esposo.

—Ya sabes por qué no lo hice... Pero, tonto... aun podemos ser felices. Te puedo ver ahora sin miedo... puedes venir a mi casa... sin que

nadie sospeche... ¿Por qué disgustarse? ¡El es un imbécil... no lo sabrá nunca!

—¡Miserable!

No pudo contenerse ante aquella injuria a su amigo y le pegó un golpe en la barbilla.

La joven se echó a llorar y sentóse en un diván.

Permanecieron más de un cuarto de hora inmóviles, sin hablar palabra.

El tomó de pronto la determinación de marcharse y se dirigió hacia la puerta.

—¡No te vayas... no te vayas! ¡Te quiero!—gritó la mujer.

Y cayó sobre él, estrechándole entre sus brazos de serpiente, llenándole de su perfume de pecado.

¡Ah, Mason no pudo resistir la tentación de aquella mirada, de aquellos implorantes ojos!

Y se dejó abrazar y besar por la malvada sirena.

Y fué en aquel instante cuando apareció en el umbral la severa figura de Dorgan.

Horrorizada, Flora se desprendió de los brazos de su amante.

Mason volvióse de repente y quedó contemplando con espanto a su camarada.



Habían comenzado las maniobras.

Tenían extraordinaria importancia. Surcaban las aguas los grandes cruceros y acorazados. Las aves de la guerra volaban por los cielos. Y los tiburones de la Armada, semejantes a monstruos marinos, subían a respirar a la superficie.

Mason iba en el submarino S-44.

El barco se había sumergido y avanzaba rápido hacia la exploración que le había sido encomendada.

Los marineros maniobraban en aquel pequeño recinto de acero, verdadera cárcel cubierta de agua.

Había varios marineros de guerra y otros que aguardaban turno para reemplazarlos.

Antonio, uno de los marineros, muchacho de unos veinte años, robusto e ingenuo, escribía en el dorso de su retrato:

Querida mamá: Ahora no soy más que un marinero, pero antes de moriré seré un Almirante.

Mason se hallaba en el cuarto de dirección en compañía del capitán, atentos los dos a las ma-

niobras que debían realizar según el plan preconcebido por el Almirantazgo.

Densas columnas de humo negro y espeso eran lanzadas por los destructores, destinadas a poner entre ellos y el enemigo una pantalla protectora.

Ni con la ayuda del periscopio podía verse nada de lo que pasaba en la superficie del mar.

Una inmensa nube de humo cubría toda la planicie.

De pronto, Mason creyó percibir un cercano rumor.

—Parece que oigo el ruido de una hélice, capitán...

—¿Estás seguro?

Escuchó a su vez y ya no tuvo duda de que un barco de guerra estaba cerca de ellos, tal vez dispuesto a embestirles.

—¡Pronto... a la superficie!—gritó a los marineros—. ¡Un buque avanza a través de la cortina de humo!

Corrieron los marineros a sus máquinas para elevar el sumergible, pero desgraciadamente, antes de que éste pudiera surgir a flote y evitar el choque con el barco, la quilla del buque de guerra dió un formidable golpe contra el submarino, un espionazo tan trágico que aquel tiburón

de acero, perdida su dirección, comenzó a hundirse rápidamente.

Todos corrieron a la sala de baterías con ánimo de poder elevar el submarino... pero su esfuerzo fué inútil.

El barquito bajaba, bajaba hasta la trágica profundidad del océano. Largos minutos estuvieron descendiendo hasta llegar al fondo del mar.

El terrible portazo había destrozado la maquinaria y el submarino era como una caja cerrada; imposible salir de ella. Toda la popa estaba invadida de agua. Y asimismo las baterías.

A una orden del capitán, corrieron todos los tripulantes al cuarto de los torpedos que quedaba aislado del resto del barco.

La situación era grave, así lo comprendió rápidamente el capitán. Estaban prisioneros; nadie vendría en su auxilio. Era imposible salir afuera... y no tenían otro aire que el de los condensadores de oxígeno que había en aquella cámara.

El capitán quiso animar a aquellos treinta hombres de su tripulación que le contemplaban con angustias de condenados.

—Ahora a descansar y a gastar la menor cantidad de aire posible. ¡Todos al suelo! ¡Muchachos, la situación es difícil!—exclamó—.

Pero yo espero que, suceda lo que suceda, se portarán ustedes como hombres... Estoy seguro de que vendrán a salvarnos.

Y en aquel pequeño cuarto, pasaron las largas horas, consumiendo el oxígeno, del cual había únicamente seis tanques.

Pero, ¿qué iba a pasar cuando el oxígeno se acabase y viniesen las angustias de la asfixia?

Mason, con su carácter jovial, procuraba distraer a sus compañeros. Hacía juegos de manos, prometiendo a la marinería que no tardarían en venir los buzos en su socorro. Pero en el fondo de su alma, mirando al capitán, comprendía que la situación era muy grave.

Transcurrieron varias horas.

Y entretanto, allá arriba, en la tierra, donde era una delicia aspirar plenamente el gran tesoro del aire, los periódicos anunciaban con grandes caracteres la catástrofe marítima.

Durante las maniobras de la escuadra, el submarino S-44 choca con un destructor y se va a pique rápidamente.

Se están haciendo grandes esfuerzos para extraer el buque hundido. Se duda del éxito a causa de la profundidad en que está sumergido.

Después venía la relación de los nombres que

constituían la dotación del submarino, entre los cuales figuraba el de Alfredo Mason.

Dorgan, que se encontraba con licencia, leyó aquella terrible noticia. Era el día siguiente al de la catástrofe de su hogar, del trágico momento en que descubrió a su amigo besando a Flora.

Un odio feroz invadía su alma contra aquel hombre. Y ahora al leer la noticia del hundimiento sintió revivir su indignación.

Al propio tiempo su conciencia vibró. ¡Ah, él era buzo... él tenía la obligación de ofrecerse para salvar a aquellos hermanos. Pero rechazó con energía ese pensamiento. Con los naufragos estaba el repugnante Mason. Pues que se pudriesen todos.

Leyó la noticia a su esposa y ésta se turbó profundamente, pero sin atreverse a interceder por el hombre que había sido suyo.

—Tú me dijiste que nada habías hecho para seducirle, Flora... ¿Es verdad eso? ¿No le diste tú motivo para que te besara? —le preguntó él.

—¿Te he mentado alguna vez, Jaime? ¿Por qué entonces dudas de mí? Fue él quien a traición quiso bersarme.

—Sí es así... ¡que muera!

Y estrujó con odio los periódicos...

Una y otra vez los barcos de guerra intentaron el salvamento. Pero había entre los naufragos y sus amigos cuatrocientos pies; cuatrocientos pies que ningún buzo, por grande que fuese su resistencia, podía alcanzar.

Uno de los buzos había descendido muy al fondo... teniendo que volver a seguir sin conseguir llegar al submarino. ¡Y en qué estado volvía aquel pobre hombre! Rezumaba sangre por todos los orificios de su cabeza y experimentaba las angustias de la asfixia.

Tuvieron que ponerle dentro de una fría cámara de aire para que volviera en sí.

—He descendido hasta doscientos cincuenta pies, capitán... pero no contestar a las llamadas del teléfono—dijo después.

Otro buzo se preparaba para bajar por si tenía más suerte. Miraba con ojos tristes a su compañero a quien el mar había devuelto convertido en un pingajo.

—¡Ya ve usted cómo ha venido su compañero, Skeets... pero los del submarino se están muriendo...

do por falta de aire!—le dijo el capitán del destructor—. ¿Sigue usted decidido a bajar?

—¡Naturalmente, mi capitán!—respondió el buzo.

Y metiéndose en su escafandra bajó al fondo del mar... Le daban sin cesar cuerda... muchos metros... muchos...

Al cabo de media hora el buzo subió sin haber conseguido su objeto. Y regresaba medio muerto. Su cuerpo estaba helado, congestionados sus pulmones, de sus ojos y nariz se escapaban hilos de sangre. Tuvieron que retenerle también en la cámara de aire.

Y mientras aquellos héroes luchaban contra la fuerza ciega de la naturaleza, las esposas, las madres, las hermanas de los hombres del submarino se consumían de ansiedad.

¡Un poco de paciencia!... ¡No tenemos ninguna noticia todavía!—les decían.

Y aguardaban, sollozando y alzando los ojos a Dios.

Y en el fondo del mar, los hombres del S-44 seguían esperando, cada vez con menos esperanza.

Aquellos hombres, desnudos desde la cintura para arriba, comenzaban a experimentar los horrores de la asfixia. Estaban absolutamente apar-

tados, aislados de todo mundo exterior. Y el capitán iba abriendo y cerrando los condensadores de oxígeno, preguntándose qué iba a ser de todos cuando se acabara el último depósito de aire.

—¡Capitán, hace más de media hora que no nos ha dado oxígeno!—suplicaban aquellos desdichados.

Y el jefe del barco abría la espita y dejaba que por un momento la atmósfera se llenase del aire puro y benéfico. Pronto, sin embargo, volvía todo a cargarse de óxido de carbono.

Mason comprendía la realidad. Veía la desesperanza en los ojos de su superior y no se hacía ilusiones. Llegóse a él y le dijo en voz baja:

—A mí puede usted decirme la verdad, capitán... ¿Tenemos alguna esperanza?

El capitán le contempló con melancolía. ¡Pobres chicos! El era ya viejo... pero aquel muchacho destinado a morir...

—¡Ninguna, Mason!—le cuchicheó—. ¡Pero que no se le vaya a escapar! Estamos a cuatrocientos pies de profundidad... nunca llegarán hasta nosotros.

—¿Y los buzos?

—¡Ninguno puede llegar aquí!

Por la imaginación de Mason pasó el recuer-

do de su amigo Dorgan, el mejor buzo de la escuadra. ¡Ay, aquel muchacho al que sin querer había ofendido en la honra!

—Jaime Dorgan es el único buzo que podría intentarlo con probabilidades de éxito—dijo.

—No hay ni que pensarlo!—respondió el capitán—. Está con licencia y no hará la locura de exponerse por nosotros... Pero... siga usted entreteniendo a los muchachos.

Y Mason, muerto por dentro, pero sonriendo entre su rostro sudoroso y jadeante, comenzó a cantar y a divertir a sus camaradas que respiraban con dificultad a medida que la mano prudente del capitán iba distribuyendo el cada vez más escaso aire.

Y entretanto, allá arriba, consideraban la imposibilidad de ir en socorro del submarino.

—Sólo un hombre podría salvarles—dijo un oficial—. ¡Jaime Dorgan! ¡Es preciso que venga!

—Mándenle un telegrama... ¡Transmitan ese despacho a San Diego!

Y media hora después, Dorgan, que seguía leyendo en los periódicos las noticias referentes a la catástrofe, recibió el aviso para que corriese en su auxilio.

Movió la cabeza con brutal energía. ¡No! Le

llamaron por teléfono, pero él ordenó a su esposa que dijese que estaba ausente.

Y Flora, indiferente, importándola poco al fin y al cabo que pereciese o dejase de perecer su antiguo amante, no demostraba ningún dolor.

Y durante varias horas se repitieron los insistentes avisos telefónicos.

—Si es otra vez la Comandancia, díles lo mismo que antes—respondía Dorgan, imperturbable, lleno de odio contra Mason que le había querido arrebatarse a la mujer amada.

Y Flora, con voz tranquila y apacible, respondía a las angustiosas demandas:

—¡No ha venido todavía... y no sé dónde está!

Dejó el teléfono y acercóse a su marido:

—Te siguen buscando para lo del submarino... porque tú eres su última esperanza.

—¡Calla... calla!... ¡No iré!... ¡Que muera!... ¡El vil seductor!

Y paseaba frenético de un lado a otro, luchando con pensamientos crueles y con la acusación de su conciencia.

* * *

En el submarino, el aire era cada vez más espeso. Los tripulantes caídos en tierra, bañados en copioso sudor, alzaban los brazos.

—¡Un poco de oxígeno, señor capitán, un poco de oxígeno!

Muchos lloraban... Sus pulmones estaban secos, sus venas prontas al estallido.

¡Ah, qué horrible muerte les esperaba!

—¿Cuánto tiempo podremos aún resistir?— preguntó Mason.

—Quizás dos horas... tal vez una!—le contestó el capitán—. Estamos gastando el último tanque de oxígeno.

Los marinos comprendían su situación... Y todos eran jóvenes... ¡Y para todos la vida era tan hermosa!

—¡Ánimo, muchachos... no somos "fiambres" todavía!—les dijo Mason.

Y sacándose unas cartas, añadió:

—Ahora voy a adivinaros el porvenir...

Uno de los marineros exclamó con voz trágica:

—Dínos entonces cuánto tiempo tardaremos en morirnos...

—Aquí está prohibido hablar de morirse! ¡Fuera la carta de la muerte!

Y echó una de ellas al aire, carta que fué a caer precisamente sobre el cuerpo casi desvanecido del joven marinero Antonio que caído en tierra se encomendaba a Dios para morir.

Mason acercóse a él y quitóle la carta:

—¡Vamos, no pierdas las esperanzas! ¡Vamos a salvarnos pronto!

—¡No... no... no puedo resistir más!... ¡Me ahogo!—decía el infeliz respirando penosamente.

Sus manos acariciaron un retrato en cuyo dorso había escrito horas antes un recuerdo a su madre diciéndole que sería pronto almirante.

Cogió un lápiz y a duras penas escribió:

No, madre mía... Creo que ya no seré almirante...

Luego quedó en doloroso éxtasis con las manos sobre el pecho...

Y la respiración era cada vez más penosa para todos. Estaban congestionados, un horrible sudor les invadía...

—¡Aire... oxígeno... un poco de agua!—clamaban los infelices.

Y el capitán abrió la espita del último condensador y los marineros adelantaban sus pulmones, deseando henchirse de aquellas gotas de aire divino.

La muerte rondaba cerca...

Mason se cubrió el rostro con las manos al



—¡Aire... oxígeno... un poco de agua!

ver a su pobre camarada Antonio que besando el retrato de su madre, fué cayendo en un extraño sopor y luego hizo unas cuantas contorsiones dolorosas para estremecerse en una última y definitiva convulsión.

¡La primera víctima! ¡Ya la muerte estaba allí!

Y todos los marineros vieron con dolor el fin de su camarada. Se les había adelantado sólo unas horas. No había salvación para nadie. Morirían también.

Y mientras ellos sufrían aquella noche eterna, Jaime Dorgan paseaba inquieto por su casa, luchando con contradictorios pensamientos, sintiendo por una parte deseos de ir a auxiliar a su amigo y de otra, propósitos de odio y atroz venganza.

Su mujer se había ido a la cama. En la habitación contigua, Dorgan caminaba de un lado a otro como un león enjaulado.

—¿Dejarás de pasear de una vez?—le dijo su mujer levantándose de la cama—. Toda la noche me has tenido despierta.

—¡Es que voy a parar loco... loco!

Entró en la habitación.

Su mujer no había tenido la precaución aquella noche de ocultar unas ligas que le había regalado Mason y las dejó encima de una silla.

Lo primero que Dorgan vió fué aquel par de ligas acusadoras. Cayó sobre ellas con fiera, con trágico rencor. Las reconoció. Eran las que

poseía Mason para sus conquistas, ligas con atributos marinos.

—¡Ah, maldita!—rugió cogiendo a su mujer por el cuello—. Estas ligas te las dió Alfredo Mason, ¿verdad?... ¡Confésalo!

—¡Sí, me las dió él!... ¡Qué pasa?

—¡Infame... infame! Y me habías asegurado que sólo aquella tarde te dió un beso!... ¡Confiesa... canalla... confiesa!

Flora soltó una carrajada.

—¡Basta de careras!—dijo—. ¡Te odio! ¡No me importas nada! ¡Yo fui quien sedujo a ese hombre... yo... yo!... El ignoraba que tú fueras mi marido... me creía saltera... y fui de él... ¡y le quise!...

—¡Ah, mala mujer!

La zarandeo rudamente y la tiro al suelo.

Quedó unos momentos inmóvil mientras ella sollozaba.

—¡Dios mío!—exclamó al fin—. Alfredo Mason no tiene la culpa... Es preciso salvarle!... El fué como yo una víctima tuya... ¡Mi pobre amigo! ¡Maldita mujer!

Y saliendo velozmente de la casa, corrió al puerto.

Se presentó en la Comandancia ofreciéndose para ir rápidamente a alta mar.

Preparóse un hidroavión en el que subió Dorgan, aclamado por las familias de los náufragos.

Momentos después el avión remontaba majestuosamente el vuelo y al cabo de media hora, llegaba junto a los destructores que laboraban en el salvamento.

Dorgan salió de la cabina y subió al barco. Ya allí vistióse la escafandra y se dispuso a ir al fondo del mar.

—Es absolutamente preciso que lleve usted a esos hombres el tubo de aire, Dorgan... De lo contrario, morirán todos—le dijo un oficial.

—Haré todo lo que pueda... y si llego demasiado tarde, me quedará abajo con ellos.

Y entretanto la situación en el submarino adquiría caracteres de horrenda tragedia.

Uno de los marineros se volvió repentinamente loco y quiso agredir a sus demás camaradas:

—¡Me ahogo... me ahoga!... ¡Socorro!—decía.

Y abriendo la espita del condensador, aspiró de él las últimas bocanadas de aire.

Quedaban todos ya sin oxígeno. Media hora más y morirían.

El loco se arrojaba de cabeza contra las paredes y maltrataba a los marineros, llevando a todos el pánico.

Era preciso obrar con rapidez. Lo demandaban las circunstancias. El capitán cogió un revólver y comprendiendo que no había solución, disparó un tiro contra el demente matándole.



Dorgan salió de la cabina...

Tristemente, el capitán cargó de nuevo su revólver y luego contó las municiones.

—Estoy contando las balas... a ver si hay para todos—dijo a Mason. Luego, mirando a sus marineros—; Muchachos, no puedo engañaros por más tiempo. ;Ya no queda ninguna es-

peranza! Se ha acabado el oxígeno. ;Debemos morir!

La respiración se hacía más fatigosa, se oía un lamento colectivo cada vez más débil.

—¿A qué sufrir más?—dijo el capitán—. Tengo aquí una bala para cada uno de vosotros. ;Vamos a morir como héroes!... ¿Quién quiere ser el primero?

Nadie respondió. El instinto de vida era fuerte aún.

—¿Está bien?—respondió tristemente el capitán—. Yo seré el primero.

Y dando el revólver a Mason, le dijo:

—¡Apunta bien! ;Al corazón!

Mason suplicó, pero la mirada severa del capitán hizo enmudecer su voz.

—¡Apunta! ;Es tu deber!... ;Luego darás muerte a los otros!

—¡Adiós, capitán!—contestó resignado.

Le estrechó la mano. Apuntó. Su dedo apretó el gatillo... Pero volvió a dejarlo bruscamente al escuchar golpes en el exterior.

—¡Nos han visto! ;Nos han visto!—exclamó Mason—. ;Estamos salvados!

Los golpes de afuera se repetían y los marineros contestaron para dar señales de que vivían aún.

Dorgan, que era quien golpeaba la cubierta, abrió un boquete en el acero del submarino e introduciendo por él la tubería del aire consiguió que el benéfico oxígeno entrase en aquella infecta tumba.

Abrieron la boca sintiendo una sensación divina.

Nunca la vida pareció tan hermosa para aquellos pobres naufragos que ya se preparaban a morir.

Y Dorgan, después de haber cumplido su misión, volvió a la superficie. Sangraba. El esfuerzo había sido tremendo.

—Ahora ya están salvados—dijo a los oficiales del destructor—. Con aire pueden esperar a que los pongamos a flote.

—¡Bien, Dorgan!

—¿Hay alguien que tenga una pastilla de tabaco?—murmuró el buzo.

Y apenas la hubo mordido, cayó sin conocimiento a causa de la espantosa fatiga de su cuerpo.

Horas después el barco era puesto a flote.

Y al lado de la grandeza de aquellos hombres ¡qué insignificante, qué repugnante también la frivolidad de una mujer!

Flora, la infame sirena, abandonó su hogar y volvió al cabaret aquella misma noche.

Bailó con un joven marino, un nuevo incauto cegado por su belleza diabólica a quien dijo:

—Aquella mesa es la que más me gusta, muchacho... está llena de recuerdos para mí. Vamos a ella.

Y fueron a sentarse allí, y Flora consiguió una nueva conquista, un amor más.

Y entretanto, los dos amigos se reconciliaban a bordo de un destructor. Se abrazaron con indescriptible júbilo... Una mujer les había separado... pero ya nada en lo sucesivo haría romper su afecto.

Comprendió Dorgan que su amigo no era culpable de la infamia y la maldad de una mujer.

Mason había ignorado siempre que Flora fuese la esposa de su camarada...

Era preciso mirar de frente a la vida... y olvidar. Dargun se quitaría del corazón el recuerdo de aquella mariposa cruel, y la amistad de los dos amigos tendría en lo sucesivo un perfume de eternidad.

FIN

Coleccione usted las fotografías

de las mejores artistas de la pantalla en sugestivas «poses», que regala, con cada ejemplar,

La Novela Frívola Cinematográfica

Sugestivos asuntos. Lectura amena y optimista. Precio: 30 cts.

Léala y será un admirador más

A nuestros lectores

A fin de que los señores vendedores que no han aceptado el aumento de contribución para tener derecho a ofrecer publicaciones de precio superior a una peseta, no se vean obligados a privar a sus clientes de las acreditadas **Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica EDICIONES BISTAGNE** ha decidido rebajar el precio de dicha publicación, de **Una peseta cincuenta a**

UNA PESETA,

sin variación en el formato ni en el texto.

Y no dudamos que esta notable concesión al público nos será compensada con la mayor difusión de estas **Ediciones Especiales**, que seguirán publicando los mejores asuntos de la presente temporada.

En preparación:

La melodía del amor

por

Lupe Vélez, Jella Goudal y William Boyd

Precio: UNA PESETA

16 ilustraciones fotográficas en papel couché

Gran éxito de

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

Precio: 30 céntimos

NO SE OLVIDE DE

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

PIDA EN CUALQUIER QUIOSCO:

Plastic Films

Beldades de la pantalla en «poses» de arte
CADA FOTOGRAFIA, UN CUADRO

Precio: 1 PESETA

Las mejores novelas de cine:



La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

Los Grandes Films de La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Frívola Cinematográfica

y las selectas

Editiones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

[Siempre los mejores asuntos]

EXCLUSIVA DE VENTA
PARA ESPAÑA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA,
DIARIOS, REVISTAS y PUBLICACIONES, S. A.



BARCELONA: Barbará, 16

MADRID: Caños, 1

E. B.